

La visión antropológica de Papa Francisco interpela la misión de la vida consagrada

Bruno Cadorè OP

Observaciones iniciales

«*Interpela*» nos invita a no dejar pasar la oportunidad y a tomarnos en serio, en el seno de nuestros Institutos de vida consagrada, los llamamientos del Papa Francisco a toda la Iglesia para que se deje aprehender por la «alegría de la evangelización». Con la ayuda de la Comisión teológica de la USG, pretendemos aprovechar esta asamblea celebrada durante el Año de la vida consagrada para esbozar las primeras respuestas a esta «interpelación». Las propuestas esgrimidas se basarán sobre todo en la Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* y por eso será conveniente situar esta reflexión del Papa Francisco sobre la Iglesia y la evangelización dentro de un conjunto de enseñanzas del Magisterio a distintos niveles, como las tres Encíclicas más recientes sobre la Caridad, la Esperanza y la Fe, los dos sínodos sobre la Palabra de Dios y la Nueva evangelización y la transmisión de la fe, así como las primeras conclusiones del Sínodo extraordinario sobre la familia.

Partiendo de esta lectura de la enseñanza del Papa, habría que identificar, por una parte, cómo resalta aspectos específicos de lo que puede y debe ser la contribución de la vida consagrada a la misión de la Iglesia y, por otra parte, cómo puede orientar esta enseñanza el servicio de los superiores generales. Conforme avanzábamos, han ido apareciendo algunos temas cuya profundización podría contribuir a renovar la teología de la vida consagrada, con un diálogo exigente con la realidad de esta «manera de vivir» en la Iglesia.

Por consiguiente, parece que hace falta que centremos nuestros propósitos en una teología de la Iglesia, en cuanto «misión de evangelización» por sí misma, instituida como Iglesia en la dinámica de la misión de Cristo, fundada en el misterio de la Pasión y la Resurrección del Hijo, habitada por el misterio de la Trinidad, configurada por el poder del Espíritu a Cristo en su misión por la salvación del mundo. Es evidente que no podemos basarnos en todos los grandes textos que podrían corroborar estas afirmaciones, pero la reflexión sobre la misión de la vida consagrada en la Iglesia debe sin duda referirse a textos tan importantes (otra vez, de niveles magisteriales diferentes) como *Gaudium et Spes* y *Lumen Gentium*, *Ecclesiam suam*, *Evangelii nuntiandi*, *Vita consacrata*.

Dicho de otro modo, allá donde - por razones tan diversas como: la evolución de los Institutos, la señal de la globalización, las complementariedades y tensiones entre culturas y naciones, una cierta búsqueda del «funcionalismo» de la vida consagrada activa (la masculina, especialmente marcada por las funciones clericales; la femenina, fácilmente reducida a la obra social) - la vida consagrada se ve afectada por su institucionalización, lo que urge es situarse en la perspectiva de la dinámica de ser Iglesia en el mundo.

Con esta perspectiva, resultará indispensable reflexionar sobre los carismas de la vida consagrada, pues éstos son concedidos a la Iglesia para ayudar a la Iglesia a ser lo que es y lo que será.

Así pues, esta «interpelación» invita no sólo a una evaluación - que ya de por sí es importante, puesto que, durante este año, hay que realizar una evaluación de manera realista y valiente, evitando que ésta esté demasiado centrada en nosotros - sino también a una «renovación», intentando comprender mejor qué llamamiento renovado hacen las enseñanzas del Papa Francisco a la vida consagrada para que, en nombre de los carismas que se le han concedido, ocupe todo su lugar en la misión de la Iglesia.

Una antropología creativa

¿Tiene el Papa Francisco una propuesta antropológica específica? Esta cuestión marcó el comienzo de la reflexión teológica de la USG de estos últimos dos años.

También surgió en un momento del diálogo entre P. Spadaro y el Papa¹. La cuestión reside en saber cómo, en una época de grandes mutaciones, se puede entender lo humano por sí mismo sin pasar por el pasado. El Papa apoyó su respuesta en un texto de S. Vicente de Lerins² y concluyó: «Se crece en la *comprensión de la verdad*. [...] Los exégetas y los teólogos ayudan a la Iglesia a *madurar su propio juicio*. Las demás ciencias y su evolución ayudan también a la Iglesia a aumentar su comprensión. [...] Las mismas formas de expresión de la verdad pueden ser múltiples, es más, es necesario que lo sean para la transmisión del mensaje evangélico en su significado inmutable». Esta respuesta resalta una convicción de lo humano: el ser humano está caracterizado por su crecimiento, así como por su capacidad de entenderse a sí mismo. La consideración de dos elementos es, pues, crucial. Por una parte, esta capacidad de auto comprensión, movida por la búsqueda de la verdad; por otra parte, a través de este proceso de crecimiento, se puede establecer la unidad. Por esta razón, ante las mutaciones del presente, es muy importante emprender un trabajo de discernimiento al que la Iglesia debe aportar su contribución a través de su propia reflexión y su presencia entre la gente. Dentro de la Iglesia, las distintas tradiciones de vida consagrada pueden asumir la carga de «memoria evangélica» de este llamamiento a asumir el riesgo de la movilidad por la misión. Un riesgo que podemos asumir, en las contradicciones y los conflictos del mundo, basándonos en la verdad y la unidad, consideradas como el don que nos precede y como el horizonte de la promesa (Jn 17, 11).

Podríamos expresar esta convicción de otra manera, diciendo que al ser humano lo caracteriza su creatividad. Para responder a la urgencia de la renovación de la evangelización, esta cualidad es esencial. Aunque convenga que se guíe ella misma. En las enseñanzas del Papa Francisco podemos observar algunos criterios que pretenden asegurar el acompañamiento y la promoción de esta creatividad.

El primer criterio - *no perder nunca de vista lo humano* - es el que aseguraría la «validez del pensamiento»: «El hombre va a la búsqueda de sí mismo. [...] ¿Cuándo deja de ser válida una expresión del pensamiento? Cuando el pensamiento pierde de vista lo humano, cuando le da miedo el hombre o cuando se deja engañar sobre sí mismo. [...] El pensamiento de la Iglesia debe recuperar genialidad y entender cada vez mejor la manera como el hombre se comprende hoy, para desarrollar y profundizar sus propias enseñanzas»³.

Tres palabras clave indican las condiciones más favorables para el despliegue de esta creatividad (cf. su entrevista con las Revistas jesuitas): el diálogo, el discernimiento y las fronteras. El *diálogo*, que «permite acercarse a la verdad, que es don de Dios, y enriquecerse recíprocamente»⁴. A través del diálogo podemos construir puentes en vez

de muros. El *discernimiento*, que permite buscar y encontrar a Dios en todas las cosas: «Dios actúa en la vida de cada hombre y en la cultura: el Espíritu sopla donde quiere». Las *fronteras* subrayan el drama de la fractura entre el Evangelio y la cultura⁵: «Vosotros estáis llamados a dar vuestra contribución para sanar esta fractura que pasa también a través del corazón de cada uno de vosotros y de vuestros lectores»⁶.

Así pues, más allá de una sola «cultura del encuentro», la antropología que se desarrolla en esta Exhortación subraya el lugar predominante que tiene en la misión de la Iglesia la intención de comunión - la promoción de la capacidad de lo humano a la comunión, podríamos decir -, porque «Evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios» (EG 176), anunciando un Evangelio de la promoción humana (EG 178), de la fraternidad y de la justicia (EG 179)⁷. Esta comunicación también será fruto de la integración serena y feliz de la diversidad cultural («La gracia supone la cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quien lo recibe», EG 115). Esta inculturación (podríamos llamarla «transculturación») constituye la comunión eclesial («Bien entendida, la diversidad cultural no amenaza la unidad de la Iglesia», EG 117). La evangelización en la perspectiva de esta comunión eclesial se integra en la historia bajo la modalidad de la esperanza: «La verdadera esperanza cristiana, que busca el Reino escatológico, siempre genera historia» (EG 181). En la carta dirigida a las personas consagradas, el Papa Francisco les invita a «despertar al mundo», no con utopías, sino sabiendo crear «otros lugares» en los que residan la lógica evangélica del don, de la fraternidad, de la apertura a la diversidad y del amor recíproco. Este llamamiento es realista, porque no podemos olvidar que, incluso considerada en el horizonte de la esperanza, la historia humana también está marcada por obstáculos a la comunión, por la estrechez de miras, por temores y desacuerdos, que unas propuestas utópicas así podrían desplazar.

«Yo soy una misión en la tierra»

En la Exhortación podemos leer: «La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo *soy una misión* en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás. Pero si uno separa la tarea por una parte y la propia privacidad por otra, todo se vuelve gris y estará permanentemente buscando reconocimientos o defendiendo sus propias necesidades. Dejará de ser pueblo» (EG 273).

Esta cita revela un elemento clave de la antropología utilizada por el Papa Francisco y pronuncia una afirmación que ya fue expresada por Pablo VI: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio» (*Evangelium Nuntiandi*, 41). Desde su elección, muchos, tanto dentro como fuera de la Iglesia, están impresionados por la libertad de expresión y por los gestos tan significativos del Papa Francisco. De este modo ilustra este rasgo antropológico que queremos subrayar: a través de su comportamiento, el mensajero se convierte también en mensaje. No se trata solo de valorar la ejemplaridad de un comportamiento exterior, sino de resaltar la calidad del compromiso de la persona con la palabra que predica. Profundamente arraigada en el deseo del

Evangelio, la palabra del Papa Francisco es como una invitación a todos y cada uno a que mantengamos nuestra palabra, a que nos atrevamos a sacar la fuerza de la autenticidad de la fuente del Evangelio, a que nos atrevamos a creer de verdad en nuestra propia capacidad de misión. Lo que seguramente llega tanto a las personas es este llamamiento a «mantener la palabra» en la conversación del mundo, no para anunciar las doctrinas teóricas sino más bien, asumiendo estas doctrinas, para dirigirse a la gente desde su experiencia humana y creencia personal. De este modo, los interlocutores encuentran a alguien de verdad, pueden reconocerse en sus palabras personales y, sobre todo, se sienten llamados a hacer suya la palabra siguiendo su experiencia.

En la Iglesia nos preguntamos a menudo sobre la articulación entre el carisma y la institución. Probablemente será uno de los temas desarrollados en la nueva versión de *Mutuae relationes* que se está preparando actualmente. El ministerio del Papa Francisco da una pista sobre el punto de vista desde el cual poder considerar y realizar esta articulación. Hay una especie de afirmación previa a la formulación teórica de este vínculo: el compromiso de las personas, el compromiso personal de cada uno, en una misma dinámica de misión que aúna el carisma y la institución, el carisma y la jerarquía. Sin este compromiso, las personas no se implicarían en el «relato» de la misión de la Iglesia, fundado en el «relato» de la misión del propio Cristo.

Ya lo sabemos, el Papa Francisco, le confiere una atención muy especial al hecho de que lo humano está creciendo (podríamos hablar de una antropología del crecimiento de las personas, cf. EG, 169). Esta atención le conduce a subrayar los rasgos esenciales de la «*humanidad del misionero*» que crece a medida que se compromete con la misión de Cristo.

El primero es sin duda aquel al que él mismo hace referencia cuando responde a la pregunta ¿quién es el Papa Francisco?: «Soy un *pecador*», dice. Una humildad que le confiere de entrada la misericordia divina que tendrá que anunciar el misionero. Una afirmación que, además, abre la capacidad de crecimiento de lo humano a su dimensión espiritual de crecimiento por el misterio del perdón. No hay una desconexión entre estas dos dimensiones de lo humano, al igual que existe la unidad en la providencia de Dios creador y salvador.

Asumiendo el título que, parece ser ya se esgrimió en un primer esbozo de la Exhortación apostólica post-sinodal, el Papa Francisco centra su visión antropológica en la «*capacidad de alegría*», de la que podemos recalcar que está estrechamente relacionada con el encuentro con Cristo (EG 3), corresponde a una actitud global de quienes «han sabido conservar un corazón creyente, desprendido y sencillo» (EG, 7), y marca el camino del paso de cuaresma a Pascua (EG, 6). En realidad, asumiendo este título, el Papa subraya la importancia del despliegue de la humanidad del evangelizador en esta época en la que la renovación de la evangelización es un desafío prioritario para la Iglesia: «La dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. [...] Y ojalá el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo» (EG, 10). Con este enfoque, la evangelización consiste en «compartir la alegría», y en «invitar a un banquete» (EG, 14). Esto le lleva al Papa a hablar de la «alegría misionera» (EG, 21).

El tercer rasgo de la humanidad del misionero es que «*peregrina hacia Dios*». Aquí, podemos hacer referencia a *Lumen Fidei*, donde la figura de Abraham se encuentra en el centro de la evocación de la humanidad creyente, que seguramente podemos relacionar con la afirmación de que «el creyente es fundamentalmente memorioso» (EG 13). La evangelización es la tarea principal de la Iglesia, y por eso estamos llamados a adquirir cada vez más conciencia de que somos «un pueblo que peregrina hacia Dios» (EG, 111)⁸. Esto exige que se considere la Palabra de Dios como el núcleo de cualquier actividad eclesial (contemplación de la Palabra y del mundo, EG 154)⁹, y funda la evangelización a través de la que podemos ser «discípulos misioneros» (EG 120).

«Trabajo de éxodo». El reto espiritual de la Iglesia en misión.

«La espiritualidad del éxodo» está en el centro de la antropología que desarrolla el Papa Francisco en su enseñanza. Hay tres aspectos de esta espiritualidad que pueden ser de especial interés con el objetivo de identificar las orientaciones importantes para la misión de la vida consagrada.

El primero se puede expresar como una paradoja. La vida consagrada se arraiga en la tradición monástica de la «*fuga mundi*», de la renuncia a lo mundano (cf. los tres votos) y a todo lo que no pertenece a Dios, y sin embargo el Papa Francisco hace un llamamiento a «salir» y a unirse a las gentes de las periferias existenciales¹⁰. ¿No son acaso éstos, precisamente, los lugares más marcados por las «lógicas del mundo»? Además, debemos recordar que la invitación del Papa va acompañada de una crítica bastante severa a la «mundanalidad espiritual». Resolver esta paradoja requiere de otros dos pasos. El primero es la crítica del intento que todos - incluyendo la vida consagrada - hacemos para «construir» un mundo a imagen y semejanza de las presiones de la mundanalidad del mundo (globalización, consumismo, conexiones personales...). El mundo del que hay que «huir» no es evidentemente el «mundo dado», sino «el mundo construido», a imagen de lo humano y en el que hay que aprender a liberarse de todo tipo de esclavitud. El segundo paso, y precisamente respondiendo al llamamiento a llegar a los «márgenes» de la existencia humana, consistiría en ser una señal contradictoria, no por una acción determinada que llamaríamos profética, sino por una experiencia humana donde la vida se abra y la acción se elabore en una dinámica de fraternidad crítica en el mundo, partiendo de los marginados. Una crítica de la mundanalidad del mundo desde una solidaridad fraternal con los márgenes del mismo. Una fraternidad crítica partiendo del otro lado del mundo, donde la solidaridad con la «fraternidad de los conmovidos» (J. Patocka) sería el incentivo y el punto de apoyo para volverle a dar al mundo su propia esperanza. Una fraternidad expresada por el Papa Francisco al subrayar el lugar que le corresponde en este «éxodo» a la compasión por los miembros del cuerpo que sufren de Cristo en la actualidad.

El segundo aspecto de esta espiritualidad del éxodo misionero es mantenerse como «mensajero». Las enseñanzas del Papa Francisco permiten identificar al menos los cuatro «*mensajes*» siguientes, determinantes en su visión de lo humano¹¹, profundamente anclada en el misterio pascual.

- Mensaje sobre la prioridad que se le da a Dios. La vida consagrada lo es a alguien, es la continuación de una persona, Jesucristo, que manifiesta que Dios fue el primero en amar el mundo. Es la respuesta a este amor (EG 39). Esta opción para la persona del Hijo tiene cuatro consecuencias: los religiosos están llamados a promover la dignidad humana (EG 55); la vida consagrada al Dios

misericordioso da una oportunidad para aprender a afrontar las debilidades humanas (EG 12); considerar lo que Dios quiere que hagamos antes de que lo queramos hacer (insistiendo en el «nosotros», que recalca la dimensión común, signo del Reino – EG 79); la movilidad es importante (EG 21) y las estructuras deben servir a la misión (EG 26).

- Mensaje sobre la celebración de la vida como un don de Dios dedicado a los demás, como fuente de alegría y evangelización (EG 24). Una celebración así, arraigada en la fe en Jesús crucificado y resucitado, sostiene el discernimiento a la luz del Evangelio (EG 78).
- Mensaje sobre la solidaridad con los mundos contemporáneos, basado en la convicción de que Dios se ha posicionado con lo humano, quedándose cerca de los débiles y de los pecadores (EG 10). Con esta elección fraternal, la vida consagrada es un signo escatológico (EG 87).
- Mensaje sobre una dinámica de encuentro y de diálogo, una voz al movimiento de la kenosis del Hijo (Fil 2, 1-11). Las comunidades deben estar abiertas a los demás, poniendo la comunión al servicio de la misión (EG 80). Aquí podemos sugerir que, en el trabajo de «mensajero», es importante darle prioridad al tiempo respecto al espacio (EG 222-225), darle más importancia a la temporalidad de los dinamismos a largo plazo que al mantenimiento de los espacios establecidos actualmente, con lo que eso conlleva en cuanto a instalaciones, seguridad y poderes.

Para finalizar, un tercer aspecto de esta espiritualidad del éxodo con un valor determinante para la «sacramentalidad de la comunión misionera». El trabajo del éxodo es el que hace que nazca el pueblo de Dios, que hace que cada uno de nosotros nazcamos en el pueblo de Dios y esta pertenencia constituye el punto de apoyo más sólido para la creatividad de la misión.

- El pueblo de Dios debe expandirse a través de la conjunción del compromiso de los diferentes actores de la comunión. El Papa Francisco subraya tres retos principales para esta época de renovación evangélica. El primero es la consideración del lugar y del papel de los *laicos* dentro de la Iglesia: «Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia» (EG 102): ¿cómo consideramos a los laicos vinculados a nuestros Institutos (¿como objeto de nuestro cuidado pastoral, como colaboradores, como formados, apoyados y ofrecidos a la Iglesia como actores de evangelización?). El segundo consiste en asegurar una *presencia femenina más incisiva* en la Iglesia: «Todavía es necesario ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia» (EG 103): ¿qué hacemos para ello en el desarrollo de nuestras tareas pastorales? Y aún más específicamente, ¿cómo situamos la relación esencial entre la vida consagrada masculina y la vida consagrada femenina? (el ejemplo de nuestra reacción ante la distinción entre «miembros» e «invitados» al Sínodo de los obispos podría ser muy significativo). El tercero consiste en considerar a los *jóvenes como actores* de la evangelización: «Se hace necesario, sin embargo, ahondar en la participación de éstos [los jóvenes] en la pastoral de conjunto de la Iglesia» (EG 105): ¿cómo consideramos nuestro compromiso pastoral con los jóvenes? ¿Son «destinatarios» de nuestro cuidado pastoral o actores de la pastoral de la Iglesia?
- En el mundo contemporáneo, la dinámica de la evangelización invita a unirse a aquellos y aquellas que buscan la verdad, así como a dialogar con ellos,

atreviéndose a arriesgarse en esta «conversación», sobre todo en el contexto «laicizado» que tanto caracteriza a las sociedades contemporáneas. Un diálogo así debe abrirse específicamente con el mundo científico: «Cuando algunas categorías de la razón y de las ciencias son acogidas en el anuncio del mensaje, esas mismas categorías se convierten en instrumentos de evangelización» (EG 132). La teología debe tener un diálogo abierto con las demás ciencias (EG 133): ¿cómo promueven todo esto nuestras tradiciones y nuestras instituciones universitarias y de investigación?

- En el centro de la renovación de la evangelización debe encontrarse la preocupación por los pobres y por una Iglesia pobre que le conceda un lugar concreto a la liberación y a la promoción de los pobres (EG 187), a la solidaridad (EG 188), a la compasión ante el sufrimiento del prójimo (EG 193): «Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica» (EG 198). Este compromiso de una Iglesia pobre (EG 198) con y por los pobres se integra en una antropología política, que enfatiza el valor de la dignidad de cada persona, la nobleza del trabajo político, la irreductible responsabilidad común, el cuidado de la fragilidad (EG 209) y la defensa de la vida (EG 213-214). Conviene insistir aquí en el hecho de que la proximidad con los pobres viene del reconocimiento de su propia vulnerabilidad por los religiosos y los miembros de la Iglesia (cf. EG 85). Cuando los miembros de la Iglesia tocan la carne que sufre de Cristo en los pobres y los excluidos, pueden descubrir por sí mismos la fuerza de la ternura y ser testigos de ella (EG 241). Sin esto, la opción para los pobres seguiría siendo la opción de los más fuertes que descenderían hacia los más débiles y seguiría siendo demasiado voluntarista, sin llegar a conocer la fuerza de la ternura que surge donde ambos se reconocen vulnerables.

De este modo, trabajar en éxodo no consiste tanto en teorías como en gestos y orientaciones concretas proporcionadas a las comunidades y a las instituciones en la Iglesia, con la firme convicción de que el «riesgo del éxodo» reforzará al pueblo de Dios y su alegría de estar en misión. Para concluir este escueto análisis, podríamos decir que el Papa Francisco desarrolla una especie de antropología política evangélica, estructurada en tres dinámicas: una solidaridad existencial con los pobres, que constituye un punto de apoyo sólido para una crítica alegre y condescendiente de las lógicas del mundo que atraviesa la Iglesia; de integración de los carismas de la vida consagrada en la dinámica de la sacramentalidad de la Iglesia; de la esperanza de una comunión para la que el ser humano es capaz.

El servicio del superior general

Está claro que tenemos que emprender un trabajo de éxodo pero, ¿cómo? Si la vida consagrada debe encargarse de la «memoria evangélica» en este llamamiento, ¿cómo puede responder a este mismo llamamiento? En vez de elaborar, basándonos en lo que se acaba de expresar, propósitos sobre lo que podría ser el compromiso «teórico» de la vida consagrada según una dinámica de renovación de la evangelización así, pretendemos interrogarnos sobre cómo podría contribuir un superior general en el acompañamiento a un Instituto que se le haya confiado en la puesta a disposición de su carisma propio al servicio de esta dinámica deseada por el Papa Francisco para la Iglesia¹². Recordemos cuatro ámbitos que podrían animar nuestra reflexión común y, tal

vez, conducirnos a la identificación de ciertos temas que nos gustaría confiar a la Comisión teológica para sus futuros trabajos.

Promover la formación permanente de personas y comunidades

En la perspectiva de la creatividad evocada anteriormente, la tarea del superior invita sin ninguna duda a darle prioridad al acompañamiento de las personas (y no solo a las personas «difíciles», que tienden a acaparar la atención de los superiores). De esta manera podremos hacer realidad la institucionalización del carisma, mediante la cual el carisma conseguirá ser un «camino hacia la alegría» de las personas si éstas asumen como propios la palabra y el compromiso de la alegría de este «deseo del evangelio». Aquí podría tomar sentido la necesidad de resistir a las «tentaciones de los agentes pastorales», pero también la promoción de la formación permanente, del arraigo en la Palabra de Dios, de la valentía para que la vida consagrada sea el camino de la fe (y no solamente de la práctica regular de la fe). De hecho, la asamblea plenaria de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica del pasado noviembre subrayó que uno de los mayores desafíos para nuestros Institutos era el de la formación permanente. Una formación permanente que sería capaz de apoyar firmemente el movimiento de renovación de la contribución de la Vida consagrada a la dinámica de una renovación de la evangelización. Desde este punto de vista, la formación permanente no debe ser considerada como un aprendizaje de nuevos conocimientos (teológicos, pastorales, psicológicos, sociológicos...), sino más bien como una propuesta para no dejar de profundizar en el itinerario espiritual, para establecer en el centro de la historia personal de cada uno una relación viva con Dios y el prójimo en Dios. Centrando la reflexión común en esta perspectiva, conviene no olvidar que en ocasiones, el superior general no tiene muchas posibilidades para promover esta dinámica de formación permanente, pero es cierto que, con ocasión del año de la vida consagrada, podríamos aunar nuestros esfuerzos para emitir una señal clara.

Esta reflexión podría ser la oportunidad para que nos planteáramos, en nuestras propias vidas y realidades, lo que el Papa Francisco designa como «tentación de los agentes pastorales». Y es que podemos considerar, de varias maneras, que estas «tentaciones» son la muestra de las dificultades que encontramos en nuestros propios Institutos y que la tarea de los superiores no solo consiste en identificar estas tentaciones y en advertir sobre ellas, sino también en comprometer a los miembros del Instituto para que realicen un trabajo de vigilancia y «resistencia». Entre los puntos subrayados por el Papa, podemos señalar: los tres males de los agentes pastorales (individualismo, crisis de identidad, caída del fervor [EG 78]); desánimo ante la desconfianza general expresada hacia el mensaje de la Iglesia (cultura mediática y algunos medios intelectuales), y huida hacia la «mundanidad» que permite «ser como los demás» (EG 79); riesgo de un relativismo práctico (EG 80) o del «triste pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia» (EG 83); la acedia egoísta, con la tentación de «conservar los espacios de autonomía personal» y de rehuir un compromiso (EG 81, pero también EG 88). ¿Cómo podemos analizar los refugios en la funcionalización, tan frecuente, a través de la manera en la que evoluciona a veces nuestra relación con los ministerios? Desde un punto de vista más institucional, cómo podemos no oír el llamamiento del Papa a desarrollar una relación justa con los proyectos, haciendo hueco también al fracaso, a una espiritualidad de la Cruz (EG 85: EG 96: «¡Cuántas veces soñamos con planes apostólicos expansionistas, meticulosos y bien dibujados, propios de generales derrotados!»). Nos dejamos seducir por las espiritualidades del bienestar y las teologías de la prosperidad (EG 90). ¿Se debe esto a la «competitividad» o al «marketing»? Las propuestas del Papa invitan sin duda a que nos atrevamos a

desarrollar una teología y una espiritualidad que le abra la puerta al fracaso, aprendiendo así a vivir en Cristo y en comunión con la fraternidad religiosa y toda la Iglesia las derrotas y los fracasos que nos atañen a todos, desde un punto de vista físico, psicológico, moral y social.

Conviene situar el acompañamiento de las personas en esta perspectiva de formación permanente «integral». El servicio del superior general para promover el deseo de cada uno de vivir del encuentro personal con Cristo (EG 264), intentará promover las condiciones de la alegría de ser discípulo misionero (lo que supone un llamamiento incesable a sumergirnos en el misterio de la Palabra de Dios), incluyendo sus aspectos más «*crucificantes*» en relación a nuestros deseos espontáneos de autorrealización y bien estar (EG 42; 86; 91). Podemos decir que, de esta manera, se convierte en el servidor de una espiritualidad de evangelización: el encuentro personal con el amor de Jesús salvador (EG 264), el placer de ser el pueblo de Dios (EG 268), la confianza en la acción misteriosa del Resucitado y de su Espíritu (EG 275), la fuerza misionera de la intercesión (EG 281). Todo esto está en relación con el capítulo 5 de la Exhortación y con el desarrollo sobre María, Madre de la evangelización (EG 284). Más en concreto, la formación permanente debería estar siempre abierta a construir un camino privilegiado de evangelización para los propios miembros del Instituto (EG 164). Todos nosotros necesitamos ser destinatarios del «primer anuncio» del Evangelio, siendo así llamados como misioneros a no dejar nunca de ser discípulos (EG 266).

Promover la conciencia de tener que, conjuntamente, responder a una sola misión de la Iglesia

¿Cómo podemos situar la vida consagrada en la dinámica de la evangelización presentada por el Papa? En el nº 130 podemos leer: «El Espíritu Santo también enriquece a toda la Iglesia evangelizadora con distintos carismas. Son dones para renovar y edificar la Iglesia. No son un patrimonio cerrado, entregado a un grupo para que lo custodie; más bien son regalos del Espíritu integrados en el cuerpo eclesial, atraídos hacia el centro que es Cristo, desde donde se encauzan en un impulso evangelizador. Un signo claro de la autenticidad de un carisma es su eclesialidad, su capacidad para integrarse armónicamente en la vida del santo Pueblo fiel de Dios para el bien de todos». El trabajo de discernimiento en la vida consagrada debe dirigirse hacia ese objetivo.

Cuando abordamos la cuestión de la misión de la vida consagrada en la misión de la Iglesia actual, siguiendo las orientaciones proporcionadas por el Papa Francisco, no podemos dejar de considerar la carta que dirigió recientemente a las personas consagradas para la apertura del año dedicado en la Iglesia universal a la Vida consagrada. Recordemos que identifica los objetivos para este año, que son sin duda unos ejes que contribuyen en gran medida en la vida consagrada a la construcción de la Iglesia que desea. Evocar el pasado con reconocimiento, vivir el presente con pasión («Jesús, hemos de preguntarnos aún, ¿es realmente el primero y único amor, como nos hemos propuesto cuando profesamos nuestros votos?») y convertirnos en «expertos de comunión», abrazar el futuro con esperanza. Además, formula sus expectativas sobre las personas consagradas, entre las que se encuentran: que estén llenas de alegría; que despierten al mundo con la propuesta de utopías, sabiendo crear otros lugares en los que se viva la lógica evangélica del don, de la fraternidad, de la acogida de la diversidad, del amor recíproco; que sean expertos en comunión; que salgan de ellos mismos para llegar a las periferias existenciales; que se interroguen sobre qué piden Dios y la humanidad actuales¹³.

Dejar paso a la crisis del compromiso comunitario

El Papa lo define como «una crisis del compromiso comunitario» (capítulo 2), y también subraya al respecto la necesidad de realizar un «discernimiento evangélico» (EG 50) y de estar atentos, «siempre vigilante con la capacidad de estudiar los signos de los tiempos» (EG 51). Leyendo este capítulo, parece bastante claro que las realidades de la vida consagrada se enfrentan a los mismos desafíos, porque están afectadas por las mismas dinámicas y lógicas que estructuran los mundos contemporáneos. Podemos identificar pues, si no todos, algunos de los desafíos, así como el llamamiento a una especial vigilancia por parte de los superiores generales.

Globalización de la indiferencia (EG 54): son muchos nuestros Institutos internacionales y sus miembros están expuestos a las mismas diferencias y las mismas indiferencias (por ejemplo: Ucrania, Oriente Medio, el Centro de África...).

Crisis financiera (EG 55) y economía de la exclusión (EG 53): cuestiones sobre el emplazamiento de los institutos, sobre las políticas de solidaridad, partiendo del propio Instituto.

Lógica del consumo, quién mantiene esta lógica de una economía desequilibrada: cómo hacer hincapié en el nivel de vida de los Institutos, no solo de las personas (que en general es bastante simple), sino también de las comunidades y de las instancias generales.

¿Cómo podemos estar más cerca, implicándonos más, de las víctimas de diferencias sociales que provocan violencia (EG 60)? ¿Qué impacto concreto tiene esta solidaridad nacida de la compasión en la reorganización de nuestras instituciones y estructuras?

Los institutos de vida consagrada están llamados a proponer «utopías» y por eso se les plantea la cuestión de saber cómo determina la «lógica de la mundanidad» la vida de las personas y de las comunidades, así como los modos de implicación de las personas en las comunidades y los propósitos comunes del instituto. Una vez más, podemos aplicar el método del Papa Francisco para que el llamamiento a la evangelización sea oído por los propios actores de la evangelización. Solo así podemos conseguir realmente este «trabajo de éxodo».

Discernir para extender el carisma y ayudar a la Iglesia en su misión

Algunos temas de reflexión parecen cruciales si queremos evitar encantamientos pesimistas, análisis de la realidad a corto plazo o declaraciones de intención vacilantes.

El riesgo principal, en mi opinión, es el de los mandatos paradójicos. He aquí algunos ejemplos:

- vivir el compromiso de la consagración religiosa en el (o del) contexto de la secularización (o laicización), por lo menos por una indiferencia relativista difusa (EG 61) y considerar que este contexto «ha significado un acelerado deterioro de las raíces culturales», o poner en tela de juicio en el contexto contemporáneo «la racionalización que seculariza». ¿Es este el análisis más justo posible de la realidad? (EG 62-63); ¿cómo evitar caer en un juicio negativo de la cultura globalizada (expresada por EG 77)?
- cuestiones en cuanto a la credibilidad de la Iglesia como Institución (EG 65), a la vez que, en ocasiones, nuestras instituciones religiosas se endurecen al sentirse debilitadas;

- valorar la crisis de la familia (EG 66), relacionada en parte con el individualismo que «favorece un estilo de vida que debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas, y que desnaturaliza los vínculos familiares» (EG 67), sin preguntarse sobre el impacto de esto en la naturaleza de los propios vínculos comunitarios;
- valorar el hecho de que «es imperiosa la necesidad de evangelizar las culturas para inculturar el Evangelio» (EG 69), sin tener en cuenta las mutaciones culturales al establecer las dinámicas y los ritmos de vida consagrada diarios (por ejemplo, cómo tener en cuenta la cultura «técnica y científica» en este proceso de inculturación. Cf. las dificultades para integrar comunitariamente las nuevas redes sociales);
- subrayar el valor de la piedad popular y de las nuevas formas de vida religiosa (EG 70), sin encontrar la manera de acogerlas e integrarlas en la espiritualidad y las devociones establecidas en una cierta tradición;
- esto nos llevaría a otra tensión entre la necesidad de una «evangelización que ilumine los nuevos modos de relación con Dios, con los otros y con el espacio, y que suscite los valores fundamentales» (EG 74), y el desafío de acoger a estas culturas contemporáneas en el centro de una tradición espiritual, acogiendo a las nuevas generaciones que las traen. Aquí se presenta el desafío de abrirse a la creatividad de los demás, y sobre todo de las nuevas generaciones, de culturas diferentes a la cultura de fundación, en aspectos de vida, de celebración, de cómo compartir la fe y la Palabra y de modos de encuentro con las personas.
- esto sería sin duda más evidente si nos tomáramos un tiempo para discernir las riquezas de los retos de esta «cultura inédita [que] late y se elabora en la ciudad» (EG 73), y medir cómo nos afecta una característica de estas culturas urbanas: «lo que podría ser un precioso espacio de encuentro y solidaridad, frecuentemente se convierte en el lugar de la huida y de la desconfianza mutua» (EG 75).

Como conclusión...

Ha quedado bastante claro que el reto de este llamamiento a que intervengamos en la renovación de la evangelización no debe conducir a la vida consagrada a elaborar nuevos planes estratégicos. Se trata además de un llamamiento a desarrollar una manera «espiritual» de afrontar los desafíos y los riesgos de la evangelización actual. Es una invitación a una espiritualidad de la creatividad, movilizadora por completo por la esperanza de la comunión. Es una espiritualidad del don generoso de sí mismo, y de la valentía de arriesgarse, prefiriendo asumir un fracaso que instalarse en la falsa seguridad del inmovilismo. Es una espiritualidad de la resistencia a la mundanidad que consiste en «elegir la fraternidad» mística y contemplativa (EG 91), ofreciendo el testimonio crucial a la evangelización de la comunión fraternal (EG 99), de estar alerta para evitar la «mundanidad espiritual» (EG 93) y de rechazar cualquier favor a la «guerra entre nosotros» (EG 98) de la que podemos ver las marcas en los informes, todavía muy competitivos entre las obras de los consagrados.

En el fondo, el año de la vida consagrada es sin duda una oportunidad que se ofrece a todas las personas consagradas para que se comprometan con el «camino del éxodo», en el que la prioridad absoluta no es la de construir las instituciones sino la de acoger la salvación de Cristo, dejarse salvar por Cristo, acoger con más alegría si cabe el anuncio

de la proximidad del Reino y, así, dejar que el Espíritu Santo haga cada vez más creativas las relaciones de comunión fraternal y de solidaridad pastoral para el Reino.

¹ – *El Papa Francisco. La Iglesia que espero. Entrevista concedida al P. Spadaro, sj.* Versión en línea, en español: [https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/september/documents/papa-francesco_20130921_intervista-spadaro.html].

² – Texto de S. Vicente de Lerins leído en el Oficio de Lecturas del viernes de la 27ª semana del Tiempo ordinario. En respuesta a la pregunta «¿Es posible que se dé en la Iglesia un progreso en los conocimientos religiosos?», S. Vicente de Lerins afirma: «Ciertamente que es posible. [...] Con la condición de que se trate de un auténtico progreso en el conocimiento de la fe, no de un cambio en la misma fe. [...] Es conveniente, por tanto, que, a través de todos los tiempos y de todas las edades, crezca y progrese la inteligencia, la ciencia y la sabiduría, pero siguiendo su propia naturaleza, es decir, debe estar de acuerdo con las líneas del dogma y de pensamiento». Y más adelante, en la frase citada por el Papa en su respuesta: «Lo mismo ocurre con los dogmas de la religión cristiana. El devenir del progreso quiere que se consoliden conforme pasan los años, que se desarrollen con el tiempo y crezcas a través de los tiempos».

³ – cf. las «épocas de genialidad» en la historia de la Iglesia, por ejemplo, la del tomismo, según afirma el Papa.

⁴ – Entrevista *Civiltà Cattolica*, junio de 2013. Versión en línea: [https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/june/documents/papa-francesco_20130614_la-civiltà-cattolica.html].

⁵ – cf. *Evangelii Nuntiandi*, 20.

⁶ – Recordamos los propósitos del Papa en su reciente Carta a las personas consagradas, en la que invita a preguntarse sobre qué piden Dios y la humanidad actualmente.

⁷ – En su Carta a las personas consagradas, el Papa Francisco los apela a ser «expertos en comunión».

⁸ – En su Carta a los consagrados y consagradas, el Papa Francisco dice esperar de los consagrados que salgan de sí mismo para ir a la periferia existencial.

⁹ – *Verbum Domini* 1, citado en EG 174.

¹⁰ – cf. Contribución del hermano Hney Donneaud, op, a la Comisión teológica de la USG, Roma, 1 de octubre de 2014: *Revisar la fuga mundi a la luz de la crítica de la «mundanalidad espiritual» del Papa Francisco*.

¹¹ – cf. Contribución del padre Budi Kleden, svd, a la Comisión teológica de la USG, Roma, 1 de octubre de 2014: «*Passing over: a theological vision for religious life*».

¹² – para retomar el primer tema propuesto: «*Come esercitare il servizio del superiore generale per promuovere la missione proposta da Papa Francesco ?*».

¹³ – *Carta apostólica a todos los consagrados*, 21 de noviembre de 2014.